
Espiritualidad ignaciana

UBI AMOR IBI OCULUS

Los Ejercicios, escuela de la mirada

Aprender a mirar desde la mirada de Dios

Los Ejercicios ignacianos son un modo muy particular de ver y mirar la realidad. En los protocolos de la experiencia se nos hace caer en la cuenta que meditar y contemplar pueden ser actividades del orden de lo "visible" (EE 47), y se nos insta a hacerlo "viendo el lugar" (id), poniendo interés en "ver con la vista imaginativa" (id) tanto los lugares físicos como las personas que contemplamos. Ver y mirar es un modo interior de considerar la realidad, dejándose afectar sensorialmente por lo que se medita o contempla.

Así "mirar quien soy yo" (EE 58), o "mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios" es correlativo en la primera etapa de los ejercicios con "considerar quién es Dios contra quien he pecado" (EE 59), de tal modo que se nos propone una mirada bipolar en la consideración de los pecados: de nosotros a Dios. O quizá aún mejor: una mirada que para ser justa con nosotros y el recuerdo de nuestra vida pasada, debe tener como perspectiva la misma profundidad de campo que la mirada de Dios. El coloquio de amor con que se acaba el primero de los ejercicios se hace "imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en la cruz" (EE 53) y sólo "viéndole tal" (id) es como puedo, "mirando a mí mismo" (id), hacerme las preguntas decisivas sobre el futuro de mi vida.

Mirar y mirarse no es un ejercicio de solipsismo, supone salir de uno mismo, caer en la cuenta de que lo que veo es otra mirada sobre mí mismo y sobre mi vida, precisamente al mirarme el corazón con los ojos de la fe. Dios es

aquel que mira, aquel que nos está mirando compasivamente, con todo cariño, antes de que nosotros alcancemos siquiera a levantar los ojos de la miseria que nos impide ver la verdadera realidad de nuestra vida. Mirada de simpatía que nos rescata del olvido del pecado y nos devuelve a la memoria de la vida, a lo positivo del sabernos gozosamente vivos y recreados siempre desde esa mirada acogedora. Como el ciego de nacimiento del evangelio de Juan, también nosotros abrimos los ojos a nosotros mismos dejando atrás la ceguera de nuestro mirar pasado para encontrarnos directamente con la mirada de Jesús: "Lo estás viendo, es el que habla contigo" (Jn 9,37).

Y con esa mirada mirar el mundo

Se comienza a mirar con los ojos y se acaba viendo con el corazón. La mirada amorosa de Dios nos devuelve la dignidad perdida y como hijos (recreados, amados...) dirigimos nuestra contemplación hacia el mundo. Después de "mirar como este rey habla a todos los suyos" (EE 93), debemos "ver a Cristo nuestro Señor rey eterno, y delante de él todo el universo mundo" (EE 95). De tal manera que lo podamos contemplar en su lugar más propio, desde el foco de la predilección de Dios, como el objeto de su deseo, como la meta de su voluntad: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo..." (EE 95). La realidad de la historia es objeto de la voluntad salvífica de Jesucristo y es mirada así igualmente desde el corazón, desde una simpatía enorme. La dinámica del seguimiento nace de un horizonte de misión, de un querer y desear lo que el mismo Jesús quiere: la renovación integral del corazón total de la humanidad, ya que él ha venido "para que tengan vida y vida abundante" (Jn 10, 10).

Pero donde se hace más patente si cabe esta escuela de la mirada que son los Ejercicios, es en la contemplación de la encarnación. Se parte de "cómo las tres divinas personas miraban toda la planicia o redondez de todo el mundo llena de hombres" (EE 102), y se nos invita, también a nosotros, a dirigir una mirada a nuestro alrededor, a "ver las personas, las unas y las otras (...) en tanta

diversidad" (EE 106): porque lo que podemos observar si miramos atentamente el mundo es que unos nacen, están sanos, ríen y están en paz, y otros mueren enfermos, llorando y en guerra... Tal es la descripción de una realidad dividida y confrontada, de un mundo conflictivo y de contrastes que Dios sabe mirar tal como es, y compadecerse de él porque está habitado por gentes que no saben mirar, que no tienen luz en los ojos, y mueren "en tanta ceguera" (id).

Pero en este escenario, en esta perspectiva de visibilidad, la mirada polar de Dios y el hombre se difracta en otro polo de atracción: los ojos de María, la doncella de Nazaret. Ella es capaz de devolverle a Dios una mirada limpia, en donde reflejar su ternura y amor infinitos. La mirada de María es el necesario punto de inflexión para no caer en una desesperada mirada de impotencia ante el mundo. Sólo el amor es capaz de descubrir lo bueno del mundo, de mirar con simpatía la misma impotencia y ceguera humanas.

María es elegida de Dios, porque Dios la ha mirado con compasión, ha fijado sus ojos en ella y "ha mirado la humillación de su esclava" (Lc 1). Y precisamente de la gracia de esa mirada brota la alegría y el gozo que inunda el corazón de María, en quien Dios con su poder "ha hecho cosas tan grandes" (id).

Y en su mismo canto refleja hasta qué punto también ella está acostumbrada a mirar el mundo, la realidad que le rodea, desde los ojos con los que Dios mismo le ha contemplado a ella: con una misericordia activa y liberadora: los poderosos derribados de sus tronos, los ricos con la manos vacías, los soberbios dispersados de la escena, porque los hambrientos se colman de bienes y los humildes del pueblo son auxiliados y levantados del polvo. Realmente Dios no se ha olvidado del pueblo, y su misericordia alcanza todas las generaciones, y es un Dios cumplidor de las promesas que hace a los pobres y sencillos. Su brazo poderoso se hace escudo y seguridad para los suyos. Tal es la convicción eclesial de María y de cualquiera que haya experimentado sobre su vida la mirada de ternura de Dios que cura nuestro corazón de la frustración y la impotencia del mal.

Ignacio nos invita en esta contemplación a "hablar (...) a la Madre y Señora nuestra, pidiendo según que en sí sintiere" (EE 109) y la Iglesia nos sugiere que podemos suspirar por una de sus miradas: "Vale, María, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos". ¡Ojalá nos limpiara la mirada y viéramos como ella la acción misteriosa de Dios en los avatares de la historia! Pero sobre todo, ojalá nos proporcionara los cristales para ver con el corazón, con la mirada de fe purificada que nos permitiera no solamente ver lo bueno de los otros, sino mirar a la historia con la perspicacia que nos hiciera descubrir la liberación que experimenta la humanidad cuando Dios la mira. Porque la mirada de Dios salva nuestra miserable historia.

Mirar para hacernos presentes al misterio

Abrir nuestros ojos al mundo es hacernos presentes al mundo de nuestros hermanos, al misterio que la historia humana encierra. La contemplación nos abre a la realidad de la presencia de Dios en Jesús nacido de María para compartir nuestra condición y rescatarla del pecado.

Mirar es hacernos presentes para servir. Es despertar la dinámica del deseo: "deseando más conocer (...) para más le servir" (EE 130). Porque el conocimiento contemplativo no es arqueología del pasado sino resituación y transformación del presente. Mirar y conocer es amar y seguir. Y si amamos miramos de un modo distinto, no como espectadores pasivos, sino como actores comprometidos con el misterio de la presencia de Dios en el mundo. Es "ver a nuestra Señora (...) y al niño Jesús después de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase" (EE 114).

Contemplar es mirar amorosamente, es dejarnos arrastrar el corazón para entrar en la novedad del acontecimiento de la venida de Jesús entre la vida de nuestros hermanos. Y para ello es necesario recuperar la actualidad del misterio salvador, rumiar en el corazón, como María, para asimilar la novedad de lo que fue proclamación antes que relato, noticia antes que escritura.

Es necesario que se nos rompan los esquemas sabidos de comprensión y de análisis desde una real participación en lo que contemplamos, desde un verdadero compromiso con el mundo ante el que nos situamos. El Verbo encarnado es el servidor del mundo. El que renuncia a la posesión de lo que es ("se despojó de su rango" Fil 2,6), el que renuncia a su situación ("no retuvo ávidamente su categoría" (id), y el que renuncia a su inmunidad (tomó la condición de siervo" (id.), para hacerse uno más y asumir la condición común de los mortales. Porque no vino como señor y como rey sino como pobre y humilde.

Ignacio insiste en que debemos ver las personas "contemplando en particular sus circunstancias y sacando algún provecho de ellas" (EE 122). Porque la irrupción de Jesús en el mundo se produce como quien entra en una historia marcada por la liberación. Liberación real, de pueblo, colectiva, integral. Liberación de nuestras miserias, de todo lo que nos ata, nos impide descubrir y acercarnos a la realidad tal cual es. Dios mismo viene a movilizarnos, a sacarnos de nuestra impotencia. Y esta liberación nos hace verificar el poder transformante del Reino de Dios que pasa necesariamente por el corazón y no se hace sin sufrimiento. Por eso debemos "mirar y considerar lo que hacen, así como es caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza y, a cabo de tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí" (EE 116).

Porque Jesús está aquí, en nuestro mundo, debemos mirarlo con mucha atención. No sea que nos pase, como él mismo nos ha advertido que en el atardecer de la historia nos veamos forzados a preguntarle: "¿Cuándo te vimos con hambre (...) o con sed, o enfermo o desnudo, o en la cárcel y no te asistimos?" (Mt 25).

Los Ejercicios son una escuela de la mirada, porque en ellos aprendemos a descubrir la fuerza de Dios en su debilidad humana y a abrazar y desear con todo el corazón lo que Jesús ha amado y abrazado. ¿No será al fin la escuela de la mirada, simplemente una escuela del afecto? Ciertamente, ubi amor, ibi oculus.